

AMOR Y TRANSGRESIÓN  
EN MONTEVIDEO: 1919-1931;  
de José Pedro Barrán, Montevideo,  
Ediciones de la Banda Oriental, 2001.  
Nicolás Quiroga

Historias personales y rigurosas aproximaciones a los cambios que afectaron a la sociedad uruguaya en las primeras tres décadas del siglo XX conviven en el nuevo libro de J. Barrán. A partir de la lectura y la interpretación puntillosas de correspondencia privada, el autor nos invita a adentrarnos en la intimidad de hombres y mujeres del período, en donde el amor es fuente y cántaro de las palabras. Historias privadas, voces íntimas, secretos de parejas heterosexuales y homosexuales: la primera parte del libro es –tal como Barrán propone, citando a Céline– un «viaje al fin de la noche», una travesía a los lugares más preciados y custodiados de quienes escribieron las cartas y los mensajes; a espacios a los que la investigación histórica raras veces accede. Tal es el aura de los documentos revisados –transcriptos al final del libro–, tanta la fuerza con la que conservan el acto de su escritura, que ni siquiera el recurso a seudónimos para nombrar a los protagonistas (Alfredo, Lucía, E., Chela, entre otros) nos libera de pensar ese viaje como una intromisión.

Como la telegrafista del cuento *In the Cage* de Henry James –que Giovanni Levi ya pensara como metáfora regia del trabajo del historiador–, Barrán lee los mensajes que van y los que vienen, busca arrancarle el sentido a esos retazos que el pasado le ofrece. Para ello, vuelve sobre problemáticas que implican cambios, pasajes, transiciones culturales en la sociedad uruguaya urbana. Barrán lee las concepciones que los protagonistas tienen sobre el noviazgo, el cortejo,

las relaciones prohibidas y las prohibidísimas, la mujer, la familia, el matrimonio, y lo hace en clave comunitaria, postulándolas inmersas en un tejido de preceptivas que batallan por modelar los comportamientos sociales. Revisa, así, las influencias del mundo letrado, del batllismo y la escuela vareliana, de mediaciones como las de la música, la literatura, la ópera, los medios masivos de comunicación, la alfabetización, los saberes, la legalidad y las prácticas, en el contexto de producción de la correspondencia privada: el trabajo de la cultura, la construcción de las identidades, el juego de máscaras bajo la jefatura del encargo social. Se trata, para Barrán, de un momento de tránsito: de una sociedad de familias a una sociedad de parejas e individuos; y en el que se asiste a la aparición de lo íntimo en tanto «cultura de interioridades». No es otra la clave con la que en *Amor y transgresión...* resultan articuladas la primera parte del libro, «Individuos», y la segunda, titulada «Sociedad».

Barrán cerró el segundo tomo de su *Historia de la sensibilidad en Uruguay* refiriendo que «el novecientos, que descubrió las libertades, inventó las disciplinas. El obrero obtuvo la jornada de 8 horas, pero dejó de jugar». *Amor y transgresión...* hereda dicho escenario, pero releva menos el disciplinamiento que la coexistencia de subjetividades en torno a algunos tópicos ligados a la sexualidad, y menos los sectores populares que la burguesía. En ese sentido dice Barrán: «También puede sostenerse que existe un

desorden radical bajo la aparente calma de cualquier orden establecido, y que la pasión, en nuestras historias, el adulterio y la homosexualidad, es la encargada de revelarlo» (p. 251).

De acuerdo con el autor, el resquebrajamiento de la moral puritana, que en los años veinte estuvo acompañado por cambios en las pautas demográficas y en la estructura social, vertebrado por la moral progresista que el batllismo se empeñaba en sostener desde el gobierno, comprendió un conjunto heterogéneo de posiciones éticas. Un coro de voces disonantes, que expresaba tanto una creciente democratización de las representaciones en torno a la sexualidad, cuanto el éxito de los disciplinamientos. El descubrimiento del cuerpo, por ejemplo, dio paso al hedonismo pero también al control de su «naturaleza», a través de una ingeniería moral, con la medicina como punta de lanza. En otro ejemplo, los intentos por controlar la moral privada, provenientes de las consignas del clero pero también de las argumentaciones comunistas, refrendan la multiplicidad de posiciones, a la vez que nos indican la vigencia epocal de un espectro temático ligado a la sensibilidad y al goce.

Para analizar el pasaje de una cultura reglada y tradicional a otra más democratizada y «vívica con ansiedad», el autor le dedicará especial atención a algunas representaciones específicas: la visión social de la homosexualidad, los modelos de amor que conducían las manifestaciones culturales del período, el colectivo de «la gente bien», en tanto configuración social, caracterizado por su hipersociabilidad, y multiplicador de pautas de conductas y vínculos entre los grupos sociales más acomodados.

Específicamente, el capítulo dedicado a la homosexualidad se distingue en el libro por dos aspectos: porque, por un lado, el autor considera que la referencia exaspera las fricciones latentes en el orden social: condenada y temida, la homosexualidad conllevaba la posibilidad de un «desorden radical» en el seno de una sociedad en la que las fuerzas sociales pugnaban por fijar roles y pautas de conducta. En el horizonte del campo en expansión del imaginario sexual, la homosexualidad era la resultante ora del desmadre de los deseos, ora de la «relajación» burguesa, ora del desorden fisiológico, de acuerdo a los testimonios relevados. Pero, a través de las cartas de Alfredo y de otros escritos –los del escritor A. Nin Frías, principalmente–, Barrán intenta reconstruir la propia percepción de los homosexuales, y sus comportamientos sociales, atezados por la culpa y la represión promovidas desde sus ámbitos de sociabilidad. Por otro lado, el capítulo se diferencia del resto debido a que el autor esboza una introducción general al tema, presentando algunas posiciones adoptadas en diferentes sociedades y diferentes momentos, señalando de alguna manera la poca visibilidad de la temática en el mundo historiográfico.

Merece especial atención el capítulo en el que Barrán profundiza en el estereotipo de «la gente bien». Representación de una representación, el espacio de sociabilidad del grupo de la «gente distinguida», de «los conocidos», apenas puede delinearse a partir de la revisión minuciosa de la crónica social de la época: canal de legitimación y reconocimiento. Con rasgos particulares («un mundo de mujeres, de apellidos, de reuniones sociales y relativamente dependiente del elenco político batllista», p. 203),

proyectando modos de distinción –relativos, intangibles–, para Barrán resulta una vía de acceso promisoría a un universo en el que bienes y capitales de diferente tenor dan sentido al estereotipo. La dificultad de trabajar con comillas («gente selecta», «nuestro mundo social», «gente bien», «de sociedad», entre otras denominaciones contemporáneas), y la distancia que lo separa, en algunos párrafos, del concepto de «configuración social» –que Barrán retoma explícitamente de N. Elías–, no oscurece en absoluto el análisis riguroso en el que se revisan los múltiples vínculos y variados actores sociales que comulgan con la «obsesión clave por definir quién y por qué estaba dentro o fuera del círculo» (p. 213). El autor considera dichos capitales (riqueza, pertenencia al patriciado, a la élite de poder, tipos de consumo, rango y poder social, comportamientos promovidos) para intentar componer el espacio por excelencia, desde el que se intentaba tallar y promover conductas, tanto si esto significa oposición a valores «tradicionales», cuanto si se trata de delimitar el continente de las pasiones.

De otro punto de vista, Amor y transgresión... es el resultado de una investigación de enormes recursos eruditos: fuentes literarias, policiales, administrativas, judiciales, periodísticas, forenses, clínicas,

documentos personales, óperas, canciones, filmes, son rastrilladas por el autor; quien por otra parte trata permanentemente de manifestar las exigencias y dificultades de la labor, a través de una forma de narrar que podemos reconocer diferente a la de sus libros anteriores. En ese sentido, Amor y transgresión... es un texto que inscribe en su escritura los procedimientos de lectura e interpretación de materiales privados: acercamientos, tentativas, pensamientos, aforismos, y preguntas, decenas de preguntas. Una suerte de suspense histórico que cristaliza la búsqueda, la intromisión al mundo de lo íntimo, y reconoce, a la vez, su escasa permeabilidad, el perfil inacabado de los objetos con los que debe tratar.

Deudor de Proust y de N. Elías, al estructurar su libro a partir de una explícita dualidad (individuo/sociedad), Barrán no oculta las tensiones del oficio del historiador: reflexiona con lentes historiográficos, pero «siente como los protagonistas». La compasión con las vivencias reconstruidas no destempera la intensidad con la que Barrán ejerce su indagatoria sobre problemáticas complejas, condensadas en un puñado de documentos, y guarnecidas por la opacidad de la mediación epistolar, celebrada y solemne como los temas sobre los que ésta reinaba, a principios del siglo XX.